

Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo A2020

Las lecturas de este domingo nos llevan al centro de nuestra fe en Jesucristo que es la Eucaristía. La solemnidad del cuerpo y la sangre de Cristo que celebramos hoy tiene sus raíces en lo que Dios hizo por el pueblo de Israel muchos años en el pasado.

De hecho, cuando Israel estuvo en el desierto, después de la liberación en Egipto, tuvieron hambre y sed. En ese momento difícil Dios les dio el maná para comer y el agua para beber.

Esa acción fue vista por los hijos de Israel como la manifestación de la generosidad de Dios. El maná, en particular, fue visto como el símbolo de la supervivencia de la nación y sin el cual los hebreos hubieron perecido. Por eso, en la imaginación popular de la nación, el maná significaba mucho. Por lo tanto, sería inaceptable para los judíos que alguien hablara del maná comparándolo con cualquier alimento como lo hizo Jesús.

Pero, ¿por qué Dios permitió que los hijos de Israel vagaran por el desierto? La razón es que quería enseñarles que no solo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. En otras palabras, Dios quería que se dieran cuenta de que su supervivencia depende solo de él. Es por eso que Moisés les ordenó no olvidar a Dios que los sacó de Egipto y los salvó de desastres y calamidades.

Tal acción de Dios nos enseña que nuestra supervivencia y nuestro éxito dependen solo de Dios. Por supuesto, somos responsables de nuestra vida y nuestro futuro. También es cierto que si no hacemos nada para tener éxito en la vida, nadie lo hará por nosotros. Sin embargo, incluso donde hemos trabajado duro, el éxito de nuestro trabajo es posible solo porque Dios nos bendice. Esta verdad es lo que el Salmo 127 resalta cuando dice: "Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; si el Señor no protege la ciudad, en vano vigila el centinela".

Esta dimensión de Dios que cuida y salva es lo que está detrás de la fiesta del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Cristo. De hecho, al instituir la fiesta del Corpus Christi, la Iglesia quiere enseñarnos que es Jesús quien nos da la vida y nos sostiene en la vida. Como Jesús dice en el Evangelio: "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida".

Estas palabras fueron muy difíciles por los judíos e incluso por algunas personas hoy. Los judíos que escucharon, se preguntaban cómo Jesús podría darles su carne para comer y su sangre para beber. En lugar de corregir su discurso, Jesús lo hizo aún más difícil al repetir que, a menos que coman su carne y beban su sangre, no podrán tener vida.

Tales palabras no significarían solo un alimento espiritual que Jesús daría a sus seguidores o un lenguaje simbólico que Jesús usó, como algunos pretenden decir. Una meditación seria de este texto muestra claramente que hay una identificación entre el pan que Jesús da y su carne, y entre la copa que da y su sangre.

El pan que él da, da vida de la misma manera que su persona. La copa que da, da vida de la misma manera que su persona. Esto es lo que los judíos habían entendido y es por eso que comenzaron a discutir entre ellos acerca de los dichos de Jesús.

Sin embargo, debemos recordar que cada vez que Jesús fue mal entendido, él corrigió directamente a sus oyentes, como en el caso de la muerte de Lázaro que sus discípulos pensaron dormido (Juan 11: 1-44). Otro caso es sobre Nicodemo, que se preguntaba si tenía que regresar al vientre de su madre y nacer de nuevo mientras Jesús hablaba del bautismo en el Espíritu.

Pero en este caso de pan de vida, Jesús no se corrigió a sí mismo. Su silencio muestra que él quiso decir lo que dijo y que sus oyentes deberían tomarlo literalmente como estaba y como lo escucharon. De todos modos, eso no hubiera sido de otra manera, porque de acuerdo con la antropología hebrea, carne, cuerpo y sangre, representan a toda la persona y no a una parte de él. Entonces, entendemos por qué Jesús pudo decir: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día".

En este sentido, el objetivo de la fiesta del Santísimo Cuerpo y la Sangre de Jesús es de recordarnos que Jesús está completamente, y de manera misteriosa, presente en la Eucaristía. El pan y la copa que ofrecemos en el altar de la Eucaristía son verdaderamente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. Jesús se entrega a nosotros en el pan y el vino eucarísticos para mantener su vida dentro de nosotros. Al recibir el pan y la copa en el altar, recibimos el cuerpo y la sangre de Jesús.

Como Jesús está enteramente en el pan y el vino eucarísticos, puede decir: "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él". Entonces, al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo, nos hacemos uno con él y estamos unidos con el que nos alimenta para que podamos tener vida eterna. Al mismo tiempo, como Cristo que recibimos en la Eucaristía está vivo, él también le da vida a nuestro cuerpo para que, incluso cuando muramos, podamos vivir con él.

Además, cuando celebramos la Eucaristía, celebramos la presencia misteriosa del Señor dentro de nosotros y de nuestra comunidad. Al compartir el cuerpo y la sangre de Jesús en la Eucaristía, participamos del misterio de su vida que él ofreció para siempre en la cruz para nuestra salvación. Es por eso que la Eucaristía está conectada con todos los tiempos, todos los espacios y todas las generaciones.

La Eucaristía realiza la comunión con nuestro Señor Jesús y con nuestros semejantes. Tiene un doble sentido de hacer presente a tiempo el sacrificio de la cruz y de mantener nuestra unión con Cristo a través de nuestra unidad con nuestros hermanos y hermanas. Como dice San Pablo: "El cáliz de la bendición con el que damos gracias, nos une a Cristo por medio de su sangre. El pan que partimos, nos une a Cristo por medio de su cuerpo. El pan es uno, y así nosotros, aunque muchos, formamos un solo cuerpo, porque todos comemos del mismo pan".

Cuando nos reunimos en la misma mesa para recibir el cuerpo y la sangre de nuestro Señor, tenemos el desafío de mostrar nuestra unidad como comunidad de creyentes. También recordamos el deber de solidaridad con los hermanos de todo el mundo que no tienen comida.

Hay una pregunta que debemos responder hoy: ¿Cómo podemos mostrar nuestra unidad como Discípulos de Cristo y dentro de la Iglesia, si nos negamos a trabajar por la unidad de nuestras familias y de los de quienes estamos separados? Pidamos al Señor que nos dé su vida al recibirlo en el Santísimo Sacramento. Que Dios los bendiga a todos!

Deuteronomio 8: 2-3, 14b-16a; 1 Corintios 10: 16-17; Juan 6: 51-58



Fecha de la Homilía: el 07 de Junio, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200614homilia.pdf